

CAPÍTULO XXI

CIENCIAS Y BELLAS ARTES.

Geografía.—No eran tiempos aquellos en que pudiesen prosperar las bellas artes y las ciencias. El relacionamiento íntimo que tenían entre sí tantas naciones nuevas, extendió el conocimiento del mundo; pero nadie emprendió la tarea de describirle científicamente, excepto el egipcio Cosmas apellidado *Indicopleusta*, por los viajes que hizo á la India y á la Etiopía. Es el primero que ha nombrado á Ceilan. Pareciendo á Lactancio, á S. Agustín y á S. Juan Crisóstomo, el sistema de Tolomeo en contradicción con la Biblia, por la razón de admitir la redondez de la tierra y la existencia de los antipodas, imaginaron otro diferente, como si los libros sagrados prometiesen la ciencia al par que la salvación. Siguiendo Cosmas sus huellas, emprendió la tarea de demostrar que la teoría de Tolomeo era impia (536), como hicieron ciertos teólogos después con respecto á la de Copérnico, que sin embargo se había publicado, bajo auspicios sagrados; siendo intitulada su obra por este motivo cristiana (*χριστιανική τοπογραφία*). Según él la tierra es plana; su forma es la de un paralelogramo de doble longitud que latitud; se encuentra rodeada del Océano que se abre por ella cuatro pasos: el Mediterráneo, el mar Caspio, los golfos de Persia y Arabia. Allende el Océano se encuentra otro mundo inaccesible y del que, sin embargo, fué habitada en otro tiempo una parte; pues allí es donde se encuentra al Oriente el Paraíso terrenal, con los cuatro ríos que en la actualidad corren por canales subterráneos y desembocan en nuestro mundo postdiluviano. Arrojado Adán del Eden, permaneció en aquel continente hasta el momento en que el diluvio trajo el arca á las orillas del nuestro. A los cuatro lados del que habitamos, se estiende una muralla que elevándose perpendicularmente, se dobla después como una cúpula sobre el mundo y forma de esta manera los cielos. El sol y la luna

verifican sobre esta bóveda su curso, no dando vuelta alrededor del mundo porque la muralla se lo impide, sino dando la vuelta á una montaña cónica de una desmesurada altura, situada al Norte de la tierra. Saliendo el sol en el verano hacia la cima de esta montaña, produce los días largos que disminuyen á medida que declina al aproximarse el invierno, hacia su parte más baja.

La manera con que Cosmas explica, en el mismo género, las fases de la luna, los eclipses y demás fenómenos, es tan extravagante como ingeniosa. La divergencia de la luz procede, según él, de que el sol es apenas la octava parte de la tierra.

Medicina.—Con respecto al arte de curar, algunos han querido comparar á la compilación de Justiniano la que fué hecha por Ecio de Amida hacia la mitad del siglo vi, en la cual recogió todo lo que existía más notable en las obras anteriores, especialmente en las de Galeno. Sin sistema que le sea propio, manifiesta que ha observado mucho en la práctica; pero para sus preparaciones como para las curas hacia uso sobre todo de fórmulas supersticiosas (1).

Alejandro de Tralles, que recorrió la Francia, la Italia y la España, estudiando la medicina, sabe separarse de los antiguos y juzgar por sí mismo. Recomienda al médico no dejarse cegar por el espíritu de sistema, sino considerar la edad, las fuerzas, el género de vida del enfermo, como también el clima, las estaciones y las variaciones atmosféricas. Cree indiferente practicar la sangría

(1) Para librar la fájinge de un cuerpo extraño, debe tocarse el cuello del enfermo diciendo: Como J. C. sacó á Lázaro de la tumba, y á Jonás del vientre de la ballena, así así mismo, hueso ó espina: ó bien, sal ó baja: el mártir Blas, y el servidor de J. C. te lo ordenan.

en tal ó cual parte, aunque á veces abre la vena en las cercanías del mal, como la yugular ó la rarinas en la angina; reprueba el uso del opio en las jaquecas, los astringentes en las disenterías, ó cataplasmas en los casos de gota. Conoce la importancia del tratamiento moral, aunque también mezcla luego á la práctica ideas teosóficas y cabalísticas (2).

Teófilo, protospatrio, coronel de la guardia imperial en tiempo de Heraclio, recopiló á Galeno y Rufo en una obra más teológica que médica, porque trata de demostrar la Providencia divina en el uso de los miembros.

Tuvo gran reputación entre los árabes Pablo de Egina, principalmente en lo tocante á partos. Su extracto de las antiguas obras sobre la medicina no carece de mérito, sobre todo en la parte concerniente á la cirugía. Entre tanto, continuaba el pueblo obteniendo curaciones que la ciencia no sabía procurarles. Para los males de la vista, se prosternaba ante el sepulcro de San Martín de Tours, ó se daba unturas con aceite de sus lámparas; para las calenturas intermitentes (3) veneraba las cenizas de Deodato en Benevento; acudía de esta manera para otros males á las reliquias de Juan obispo de Agustald, de santa Ida, mujer del sajón Egberto, y otras más.

Cuidaban más los bárbaros de hacer heridas que de curarlas. Si Teodorico, rey de los ostrogodos, encarga á un médico en jefe velar por lo que concierne á la salubridad, en las leyes de los visigodos se dice: «Que ningún médico tenga atrevimiento para sangrar á una mujer libre sin la presencia de su padre, madre, hermano, hijo ó tío, ó en caso de estremada necesidad, de un vecino probo ó de una criada; sino pagará 10 sueldos al marido ó á los parientes; porque es muy fácil que se oculte algún lazo bajo tal pretexto. Si un médico bate la catarata y devuelve la salud, que le sean entregados 5 sueldos; si por una sangría ha privado á un hombre libre de su vigor, pague 100 sueldos; si resulta la muerte, sea entregado el médico á merced de los parientes (4). Si deteriora, empeora ó da muerte á un esclavo, entregue otro. Cuando se llama á un médico, encárguese desde que reconoce la herida ó los dolores, de la curación del enfermo, me-

dante cierta caución. Si el doliente muere, no podrá recibir el precio convenido.»

Bellas artes.—Continuó la decadencia de las bellas artes, que ya había principiado en los últimos tiempos de Roma. Lejos de destruir los bárbaros los monumentos antiguos, Teodorico estableció magistrados para velar por su conservación, contra la incuria de los ciudadanos; y encargó á un arquitecto de experiencia la reparación de los edificios públicos, destinando á este fin la suma anual de doscientos dineros de oro, y sin contar el producto de las aduanas del puerto Lucrino, que no estaba aun despoblado. Habiendo sido robada una estatua de bronce en Como, prometió cien sueldos de oro al que le indicase al culpable, quejándose de ver que en el momento en que procuraba aumentar los adornos de la ciudad se dejaba perder lo antiguo que poseía. Cuando fué á Roma, no se cansó de admirar las obras maestras que aun se encontraban allí intactas ó poco menos, tales como el Capitolio, el foro de Trajano, los teatros de Pompeyo y de Marcelo, el Coliseo, admirables en magnificencia después de los estragos del tiempo y de la guerra; los acueductos, la vía Apia, en la que nueve siglos no habían causado una sola hendedura entre las piedras; el conducto de la Agua-Claudia, que recorría treinta y ocho millas desde las montañas de la Sabina hasta la cima del Aventino. El énfasis con que Casiodoro describe aquellas construcciones, como también el fuego de los caballos del Quirinal, la vaca de Miron, los elefantes de bronce de la vía Sacra, manifiestan por lo menos que sabía conocer aun lo que era bello y grande.

Procuró además Teodorico imitar á los emperadores. Hizo construir un palacio cerca de Rávena y traer aguas á aquella ciudad: empresa difícil por los pantanos que la separan de las alturas. Hizo construir otro palacio cerca del Bidente en la falda del Apenino, y otro magnífico con pórticos en Verona, cuyo acueducto reparó, como también las murallas que forman su recinto. Construyó igualmente otro en Pavia y además termas y un anfiteatro; una cosa igual ejecutó cerca de los baños de Albano.

Manifiestan aquellos edificios cuán mal se ha aplicado el nombre de gótico al órden de arquitectura caracterizado por el órden agudo. Cuando después de un viaje monótono á través de los pantanos Pontinos, entristecido el viajero con la idea de que veinte y tres ciudades, las casas de campo más deliciosas se elevaban en los lugares donde reina ahora el melancólico silencio del desierto, puede en fin recrearse á la vista del mar, se encuentra Terracina situada sobre una altura á su izquierda; ciudad populosa y risueña en otro tiempo, miserable en la actualidad, no obstante el cuidado de que fué objeto por parte de Pío VI. Servía de límite á la dominación griega y de baluarte por la parte del mar; lo que fué causa de que Teodorico fortificase su recinto, construyendo á lo largo

(2) Da como excelente remedio contra la gota recitar este verso de Homero: Τετρήχει δ' ἀγορή, ὑπὸ δ' ἔστονα-χίετο γαῖα; como también escribir al ponerse la luna sobre una hoja de oro μετ, ὄρεσ, φορ, τευζ, ζα, ζων, δε, λος, γρη, ζε, γε, ων. Una hoja de olivo con la inscripción κα ροι α, era según su opinión, un amuleto excelente.

(3) En el siglo de la quinina he visto buscar un remedio seguro contra las intermitentes prosternándose ante la momia de un santo en las maravillosas catacumbas de los capuchinos de Palermo.

(4) Ut quod de eo facere voluerint habeant potestatem. Lib. XI.

de sus murallas torres ya redondas, ya cuadradas; hizo además edificar en la cima de la colina que dominaba la plaza, una fortaleza, ó más bien un palacio que aun subsiste, y desde el cual se goza de una vista admirable sobre el Lacio, la Campania y el mar. Pero aquellas torres y aquel edificio son enteramente del estilo de la decadencia de los tiempos romanos, y se asemejan al templo de Odin cerca de Upsal, en Suecia, donde no se ve ni una sombra de ogiva. Un muro que en Rávena forma en el día la fachada del convento de los franciscanos y que se cree un resto del palacio de Teodorico, participa mucho por la mala disposición de las columnas de su parte superior y por las proporciones del arco, del palacio de Diocleciano en Espalatro. La iglesia de San Apolinario y un baptisterio que Teodorico hizo erigir allí por los arrianos, ofrecen también el estilo de los que edificaban en Roma en la misma época, con adornos que atestiguan la creciente decadencia.

Amalasueta hizo construir para su padre un mausoleo redondo, con una cúpula de la que se elevaban cuatro columnas que sostenían un vaso de pórfido rodeado de doce apóstoles de bronce y en el cual descansaba el rey. Si no es fabulosa la descripción de aquel mausoleo, no puede ser otro que Santa María de la Rotonda, que de todos modos pertenece á fines del siglo v ó á principios del vi. Allí se conservan las buenas tradiciones antiguas en la distribución general, plan sencillo, alzado que no carece de magnificencia, y es maravillosa la cúpula formada de una sola piedra. Su diámetro tiene 10'4 metros, la altura desde la base á la bóveda 4'5, el espesor 1'14; de modo que el peñasco de que fué sacado, debía tener un volumen de 495 metros cúbicos y pesar 1.287,000 hilogramos, y 109 metros cúbicos con el peso de 300,000 kilogramos después de haber sido trabajado, y tal cual lo trasladaron, como parece, desde las canteras de Istria. Se le levantó lo menos hasta cuarenta y siete metros, lo cual prueba no poca habilidad mecánica. Al revés; los ornamentos están allí dispuestos con el peor gusto, su corte es pesado y sin gracia, no están en proporción con ellos mismos ni con el conjunto: en sus divisiones falta el cálculo; corresponden mal los perfiles de las puertas á las demás partes; están los modillones irregularmente distribuidos; los pies derechos, en vez de estar coronados por una imposta, sostienen una corsina mal ejecutada.

Casiodoro conocía los defectos de la arquitectura de su tiempo y los señalaba: altura excesiva de los edificios, columnas endebles, recargo de adornos (5); con efecto, tales son los defectos del

(5) *Quid dicamus columnarum junctam proceritatem; moles illas sublimissimas fabricarum quasi quibusdam erectis hastilibus contineri, et substantia qualitates concavis canalibus excavate, ut magis ipsas astimes fuisse transfusas, atias cavis judices factum quod metallis durissimis videas expositum. Variarum, XV, 6, Form. de fabricis et architectis*

estilo gótico, aunque no su esencia. Una medalla en que está representado el palacio de Teodorico ofrece formas semejantes; allí se ven columnas delgadas, con arcos cerrándose por encima, pero redondo. También se encuentran en España algunos restos de edificios góticos, en que se descubre fuerza sin gracia, pilastras aplastadas, y nada de nuevo. No había, pues, género gótico, sino un deterioro general del antiguo gusto; y tan cierto es esto como que en el puente reconstruido por Narsés en el año 565 sobre el Teverone, á tres millas de Roma, se sacrifica á la solidez la belleza, por más que no sea obra de los godos (6).

No se libertaba el imperio de Oriente de esta decadencia. Para la construcción de las numerosas iglesias instituidas por Constantino, no se habían tenido á la mano tantos materiales como en Roma; pero en cambio á nadie se imponían los edificios anteriores, y por consiguiente todos pudieron amoldarse al tipo cristiano. La escasez de columnas hizo suprimir las largas alas de la basílica; suplióse á esto por la habilidad adquirida en la construcción de las bóvedas y de los arcos. Un ancho cuadrado, cuyos lados avanzaban en cuatro naves, formaba una cruz de brazos iguales: en los ángulos interiores había cuatro pilastras enlazadas entre sí por arcadas salientes, cuya parte colgante estaba distribuida de modo que terminaba por encima en un círculo que sostenía una cúpula.

Procedía, pues, la arquitectura bizantina por arcos sobrepuestos á arcos, y cúpulas á cúpulas, cambiando en superficies curvas y circulares las rectas y angulosas de los templos griegos. Quizá los de Constantino estaban ya construidos en cruz griega con cúpula, pues de esta suerte describe Gregorio Nazianceno el templo de los Santos Apóstoles; pero esta forma fué repetida hasta lo infinito en los mil ochocientos edificios religiosos del siglo de Justiniano. Santa Sofía, el más notable de todos, atestigua sobradamente la decadencia hasta en lugares donde los bárbaros no habían penetrado: decorado con más riqueza que gusto, son mal proporcionadas sus columnas, extravagantes los capiteles y sin ninguna cornisa encima de los arcos. Al hacerlo erigir Constantino con su precipitación acostumbrada, se pensó tan poco en la solidez, que se desplomó apenas concluido. El ejemplo reciente y el peligro á que estaba espuesta toda una población, determinaron á Antemio de Tralles y á Isidoro de Mileto á reedificarlo más sólidamente. Apoyaron la cúpula en pilares cuadrados con los ángulos vueltos hacia el centro de la iglesia para figurar la cruz á la estremidad de

(6) Hasta la inscripción es fastuosa:
*Qui potuit rigidas Gothorum subdere mentes,
Hic docuit durum flumina ferre jugum.*

Después de haber alcanzado Trajano victorias mucho más importantes, solo hacia inscribir en el puente de la vía Appia:

TRAJANUS IMP. P. M. STRAVIT.

los dos muros. De estos ángulos nacían las pechinas de la cúpula que, en su extensión de sesenta metros de diámetro, parecían no descansar sobre el suelo. Sus verdaderos apoyos no resistieron á este empuje oblicuo y prolongado: apenas habían transcurrido veinte y cinco años, amenazaba otra vez ruina todo el edificio. No supieron remediar el daño los arquitectos más que apuntalándola por fuera con ayuda de estribos, que le daban cierto aire de pesadez y de esfuerzo.

Las cúpulas que han venido á ser la parte principal de las iglesias modernas, constituyen la innovación más importante de la arquitectura de aquel tiempo. No poseyeron los antiguos cúpulas propiamente dichas, es decir, esa construcción circular y esférica en el remate, apoyada sobre pilares ó macizos formando un cuadrado ó un polígono y compuesta frecuentemente de tres partes: á saber, las pechinas en que se apoya el tambor, sobre el cual descansa la cúpula propiamente dicha. Roma conserva aun una cúpula hemisférica sobre un plano octógono en el antiguo edificio llamado *la torre de los Esclavos*. En los magníficos baños de Caracalla y en un salón dedicado á Hércules se ven los restos de ocho pechinas destinadas á sostener la media naranja. Además poseemos la cúpula semicircular del Panteón, forma que se considera como la más sólida.

Pero siempre se apoyaban en un cilindro que surgía del terreno. Solo en Santa Sofía empiezan á aparecer las vastas proporciones y el desarrollo interno de las pechinas que, arrancando de los ángulos del cuadrado fundamental, se doblan para formar la base circular de la cúpula; alzaronse más tarde sobre el tambor, lo cual aumentó su magestad y atrevimiento. Presenta una bóveda notable la iglesia de San Vital de Rávena, construida por San Maximiano bajo el reinado de Justiniano y recargada de adornos sin objeto: está formada por una doble hilera de vasos, juntos unos con otros y dispuestos de modo que describen una espiral que, estrechándose poco á poco, se eleva hasta la clave, revestido todo con una argamasa de gran consistencia. No sabríamos decir si es una imitación de Santa Sofía ó un ensayo hecho con la intención de aventurarse luego á emprender esta. Se alza sobre un plano octógono, no con ayuda de pechinas, sino por medio de ocho arcos pequeños que arrancan de los ángulos del polígono.

Advertidos los subsiguientes arquitectos á consecuencia del mal éxito de la tentativa hecha en Santa Sofía, apoyaron mejor las cúpulas en el suelo, y pusieron encima de las cuatro pilastras pináculos, cuya presión perpendicular, pudo equilibrar la presión oblicua de las pechinas y de los arcos; y que además diesen variedad é hiciesen piramidal el edificio. De esta suerte fueron modificándose las cúpulas, y la de San Miguel de Pavia, reposando sobre el plano octógono que se une al cuadrado por las pechinas, ofrece la primera idea de los tímpanos. Las cinco cúpulas de San Marcos

de Venecia, son semejantes á las de Santa Sofía, sin tener nada entre la cúpula y las pechinas; pero en vez de ser semicirculares, son oblongas y están rodeadas por una hilera de ventanas en plena bóveda. La de la catedral de Pisa es elíptica en el plano inferior, el cual está formado por cuatro grandes arcos, con ocho más pequeños encima que sustentan una especie de tambor apenas visible. La de la iglesia de Corneto, perteneciente al duodécimo siglo, es también elíptica, y descansa sobre seis arcos pequeños que forman un cuadrado de ángulos desiguales, de donde arrancan las pechinas para sostener un tambor muy bajo. Cuando Brunelleschi levantó la cúpula de Santa María en Florencia (1298), colocó sobre los grandes arcos del crucero un tímpano octógono, para servir de sosten á la cúpula, octógona igualmente, de modo que hiciera inútiles las pechinas. Revistióla esteriormente con otra cúpula para hacer más agradable el golpe de vista; y de allí salió aquella admirable obra que inspiró á Miguel Ángel la idea de elevar el Panteón sobre San Pedro; colmo de la osadía y de la magnificencia.

Cúpulas.—Señalan las cúpulas otra diferencia entre la arquitectura del sexto siglo y la gótica, que en su lugar levantó sobre el cuadrado formado en la intersección de la cruz, una torre adelgazada en aguja. A falta de capiteles antiguos y del talento necesario para reemplazarlos con otros nuevos, ocurrió poner encima de las columnas trozos cuadrados, sin las figuras talladas y griegas, pero adelgazados por debajo, á fin de que encajaran exactamente en las cañas, y adornados solo con algún follaje en bajo relieve ó en líneas cruzadas. Véanse de este género, en Santa Sofía, en Constantinopla; en San Vital, en Rávena; en San Marcos, en Venecia.

Hasta entonces solo se habían empleado arcos de medio punto; pero á fin de que fuera igual su desarrollo, aunque apoyados en columnas diferentes, se prolongó su parte inferior en línea recta: este estilo se empleó también posteriormente por gusto, desviándose los arcos más pequeños del semicírculo perfecto, unas veces estrechándolos hacia la ogiva aguda, otras prolongándolos en forma de herradura, otras dándoles la figura de un frontón (7). Así mismo se ve por la vez primera encerrar en el desarrollo de un arco muy abierto, otros más pequeños apoyados en columnitas (8).

Independientemente de los edificios de Constantinopla se construyeron otros muchos con sujeción á este estilo; y prescindiendo de San Marcos, hay en Venecia Santa Fosca de Torcello, que es del siglo ix; en Ancona, San Ciriaco, del x; Santa Ca-

(7) Se ve un ejemplo de esto en Como en la puerta de San Fidel, detrás del coro; y otro en el edificio circular que representa el mosaico del ábside de San Ambrosio en Milan.

(8) San Vital de Rávena ofrece ejemplos de todo esto.

talina en Pola de Istria; en Salónica, San Demetrio y Santa Sofía; cerca de Alepo la iglesia de San Simón Estilita, destruida en el siglo IX, bajo cuya cúpula se alzaba la columna de aquel pacientísimo anacoreta; además, en Francia, San Cesáreo de Arlés, San Vicente y San Anastasio en París, sin hablar de imitaciones sucesivas.

Rávena conservó mejor el carácter de Oriente, en cuyo límite está situada, y allí es donde realmente conviene buscar el estilo romano-bizantino. San Vital es una construcción de ladrillo por fuera; ni pisos ni perfiles de ninguna especie rompen su monotonía y mezquindad; pero cuando se penetra en su recinto, aparece hermoso como un sueño oriental: es regularmente octógono, y sostienen la cúpula circular dos galerías abiertas y sobrepuestas. Sustentan la galería inferior ocho gruesas pilastras, revestidas con mármol griego y egipcio, y catorce columnas de mármol griego con vetas; además cada parte está ornada con restos antiguos, especialmente de los del anfiteatro y con excelentes mosaicos. Estas pinturas de mármol decoran en todos los edificios de este estilo los contornos de las puertas, ventanas y altares.

El cercano monumento de Gala Placidia, consagrado á San Nazario y á San Celso, construido en cruz latina, tiene en el centro el altar formado por tres grandes mesas de alabastro oriental, de las cuales la horizontal se encuentra sostenida en cuatro columnas pequeñas. San Apolinario, el nuevo, es también cuadrilongo de tres naves; fué construido por Teodorico y se conoce en el enteramente el estilo bizantino. Sus mosaicos, sepulcros, inscripciones y obras de alabastro, de pórfido, de cipolín, de mármol de Paros y serpentino, hacen que se sienta que semejante edificio haya sido echado á perder por los bárbaros, y tal vez aún más por los restauradores. En la misma ciudad, la iglesia de Santa Agueda se había terminado desde el año 417. Están sostenidas sus tres naves por veinte columnas, pero fué mudado excepto la planta. Solo una pequeña cruz recuerda á San Lorenzo in Classe, edificado en tiempo de Honorio, y destruido en 1553. San Apolinario in Classe, trabajo de 534, ha sido renovado enteramente, excepto el santuario que es de mosaico.

Edificios longobardos.—No solo se edificaba en los países romanos; en todas partes construyó la piedad religiosa edificios; y lo que hemos visto en las letras, se reprodujo en la arquitectura, que se convirtió en sagrada. Saber escribir bien, iluminar y esculpir, era un medio de alcanzar las primeras dignidades eclesiásticas y hasta la beatificación. Fué promovido Leon al obispado de Tours por su habilidad en construir la armazón de los edificios; San Eloy al de Noyon, por su talento como platero y cincelador. El arte de edificar era, en razón de los símbolos, considerado como una atribución sacerdotal. Habiendo convertido un santo sacerdote á algunos idólatras cerca de Bourges, los ordenó sacerdotes, les enseñó la liturgia y el modo

de construir iglesias. La misma palabra *edificar*, trasladada al sentido moral, nos indica que la ciencia arquitectónica arrastraba consigo el mérito de costumbres ejemplares. Fué construida la catedral de Pavia por los cuidados del obispo Epifanio: la basílica de Parenzo en Istria, adornada con gran número de mosaicos, por el obispo Eufasio (540). Por los cuidados de otros se elevaron el monasterio y la iglesia del Monte Casino, las iglesias de Nápoles, de Luca, de Siponto, de Florencia; y ningún papa ocupara tal vez la Santa Sede sin haber dispuesto alguna construcción.

Ordenaron también gran número de ellas los reyes longobardos. Teodelinda hizo construir en Monza el palacio y la Iglesia de San Juan; su hija Gundeburga, otra iglesia al mismo santo en Pavia, donde Ariberto construyó San Salvador (660); Grimoaldo á San Ambrosio; Pertarito el monasterio de Santa Agueda del Monte, y Santa Maria en *Pertica* (675); Liutprando á San Pedro *en cielo de oro* (772) y el baptisterio polígono que pertenece á la basílica de San Esteban en Bolonia. Se debe San Jorge en Coronato á Cuniperto, que había alcanzado allí una victoria señalada; á Desiderio San Pedro de Civate, Santa Julia de Brescia, los monasterios Mayor y de San Vicente en Milan, y á Grimoaldo, la rotonda de la antigua catedral de Brescia.

También se considera como de esta época á San Pedro *de domo* en Brescia, San Hilario en Estafora, cerca de Voguera, San Zenon y la catedral de Verona, y principalmente San Miguel de Pavia. No es éste el lugar de discutir si las iglesias que existen bajo estos nombres son las mismas que se construyeron en la época longobarda, ó hasta qué punto fueron después modificadas, pero todas se asemejan en el plano á las construcciones que estaban en uso al fin del imperio. No obstante, su distribución exterior, particularmente la de las fachadas, el éxito de los capiteles con figuras de hombres y animales extraños, las pilastras de estribo, las columnas delgadas estendiéndose desde el suelo hasta la parte superior del edificio, pasando de un plano á otro sin interrupción de arcos, de bovedillas ó de cornisas, indican un nuevo orden de arquitectura, y este orden se hizo después general. Encuétranse en San Zenon de Verona separadas las naves por columnas con capiteles formados de animales monstruosos que sostienen pequeños arcos redondos, de donde se eleva un muro con ventanas que tiene encima el techo; pero en lugar de un solo arco grande y triunfal que separe la nave del santuario, varios arcos pequeños apoyados en columnas dividen la iglesia en toda su anchura. En rededor de la cripta se encuentran columnitas dispuestas al trespelillo, con capiteles lombardos y arcadas redondas, que sostienen el pavimento del magnífico santuario, el cual comunica á la nave por doce escalones tan anchos como la iglesia. A la catedral de Rávena, construida por San Orso en 504, está unido un baptisterio tal vez

de la misma época; compónese de dos círculos con ocho arcadas cada uno, y de los cuales el menos alto se apoya sobre columnas de capiteles corintios bastante toscos, y sostiene una cúpula formada de aquellos tubos ó cilindros vacíos de barro de que ya hemos hablado.

Un monumento, que probablemente es el único que se ha conservado sin alteración por la parte interior, es San Fridiano en Luca. Encuétrase mencionado en un título de pergamino de 685 y 686, como habiendo sido restaurado por Flaulon, mayordomo del rey Cuniberto; y aun en el día se le llama la basílica de los lombardos. Está dispuesto en su parte interior á la manera de las basílicas, con estremada sencillez; hay tres naves y capillas laterales arruinadas, que tal vez eran otras dos naves: se alzan á cada costado once columnas, de las cuales algunas son griegas y romanas, y parecen endeblés en razón de la enorme altura desde el pavimento hasta la techumbre. Se cree también de construcción longobarda á Santa Maria *Foris portam*, restaurada el año 800, y se cree que el palacio de los duques estaba en la plaza de San Justo, donde se encuentra en el día la morada del marqués Lucchesini. San Alejandro es más antiguo, aunque no se ha hecho mención de él hasta 1056. En el riquísimo archivo de aquella ciudad se habla con referencia al año 763, de un pintor llamado Auriperto, al cual el rey Astolfo dió San Pedro Somaldi, que aquel cedió al obispo Aurideo. Se cree también de construcción longobarda San Juan y el baptisterio que está contiguo. Se menciona en 778, San Miguel, que también podría ser una obra de los longobardos. Santa Maria del Campo en Florencia, pasa por ser de una época anterior á Carlomagno. Existen en Ascoli torres longobardas que tienen algo del orden ciclópeo, y en las cuales se ve una puerta cuadrada con un fronton cuadrangular, que también se encuentra al raso.

Nadie creerá que los longobardos trajesen consigo un sistema artístico ni tampoco arquitectos de su nación; por el contrario, si se encuentra mencionado alguno, su nombre es italiano (9). Los indígenas trabajaban según los tipos que tenían á la vista. Pero durante la larga dominación de los longobardos en Italia, no se nota ningún progreso. Por esta razón es por la que los edificios del siglo VI difieren poco de los del XI, cuando cedieron el puesto á los normandos, pueblo tan amante del progreso. Las torres de Espoleto se asemejan á las de Pavia, y se ven en la catedral de Maria Asunta, á la cual se sube por una escalinata hecha en 617 por el duque Teodelaquo, figuras de animales de la clase de los de San Miguel de Pavia.

(9) Véase MAFFEI, *Verona ilustrada*, t. I, c. 2; y SE-ROUX D'AGINCOURT. Hablan en diferentes parajes las leyes longobardas de los *magistri comacini*, albañiles comaseos; y aun en el día la mayor parte de los albañiles de la Lombardia proceden de la diócesis de Como.

Los templos y las habitaciones senatoriales eran también destinadas, fuera de Italia, para uso de las iglesias y de los monasterios; si se construía alguno nuevo, tenía á la vez mucho de bárbaro y de cristiano, con fórmulas simbólicas y rituales, y con los ornamentos que procedían de ruinas antiguas. Fundó San Gregorio en Dijon la iglesia de San Benito, destruida en tiempo de la Revolución, donde se elevaban en rededor de un centro común, tres galerías circulares sostenidas por ciento cuatro columnas de mármol. Lo notable es que en todos los países de Europa los edificios tomaban un estilo uniforme, fenómeno que veremos desarrollarse con más brillo en tiempo de la arquitectura gótica; y no sabemos si se explica esto bastante considerando ya como existentes las sociedades de los fracmasones.

Mosaicos.—Hábase introducido el gusto de los mármoles variados en Roma en tiempo de los emperadores: se les daba color artificialmente y se les doraba, como se hacían también ciertos empedrados llamados grecánicos (10), con pórfido y serpentino, dispuestos en dibujos en el mármol blanco. Continuaron los bizantinos entregándose á este trabajo, pero no tardaron otros en imitarles en otras partes, y sobre todo los monjes de Italia. Habla Casiodoro de mosaicos, y no podemos figurarnos como perteneciente á otra clase de obra, la *estátua* erigida por los napolitanos á Teodorico, la cual, según Procopio, era toda hecha de piedras de diferentes colores (11). Este arte sirvió, es verdad, para formar el enlosado de los edificios, pero aún más para adornar las paredes, las balaustradas, las catedras episcopales, por la incrustación en mármol ricamente esculpido, de piedras duras, á veces cubiertas de esmalte y oro. Yo me encontré en Roma con un francés, hombre de nota, que reunía para una obra suya monumentos de la Edad Media, y que no se detuvo en la ciudad eterna más de diez días, diciendo que no había nada allí de aquella época. Bastaba que hubiese abierto los ojos para que advirtiera que en ningún tiempo se interrumpió en Roma la construcción de edificios; pero sobre todo, hubiera podido estudiar allí mosaicos de todas las edades, que serían suficientes para escribir una historia de las artes. El más antiguo es tal vez el de Santa Sabina, encargado en 424 por el papa Celestino. Es más notable el de San Apolinario, en el interior de Rávena, cuyas figuras tienen ocho pies de altura y cubren todas las paredes laterales.

Las ciudades que permanecieron griegas, no fueron las únicas que produjeron obras en mosaico: se encuentran también en las ciudades longobardas; un mosaico en Pavia ha hecho dar su nombre á San Pedro *del cielo de oro*; y Liutprando los empleó para adornar la basílica de San Anastasio

(10) PLINIO, *Hist. nat.*, XXXVI, 25.

(11) *De bello Goth.*, I, 24.

en Cortelana, cerca del Po. No se encontrarían fuera de Italia de una época tan remota.

Los vidrios de colores se perfeccionaron por los bizantinos, cuando hubo exigido la nueva arquitectura el empleo de los vidrios para cerrar las ventanas. Las obras de metales preciosos, en el género de aquellas que se conservan en el tesoro de Monza, y la habilidad atribuida á San Eloy de Paris, en platería, son una prueba de que aquellas artes no se habían perdido; sin embargo, las monedas de aquella época son toscas en extremo.

Hablan las crónicas comunmente de pinturas.

Gregorio Magno vió representado un sacrificio de Abraham, tan al vivo (*tan efficaciter*), que no pudo contener sus lágrimas; refiere Gregorio de Tours que, habiendo hecho construir la mujer del obispo Numancio, en los arrabales de Autun, la iglesia de San Estéban, quiso que se adornara con pinturas, indicando á los pintores los asuntos que debían representar sobre las paredes, segun un libro que llevaba y donde se leían los hechos antiguos. Pintó Metodio, en el mismo siglo, un juicio final, cuya vista convirtió á Bogoris, rey de los búlgaros; efecto que nunca produjo el de Miguel Angel.

EPÍLOGO

Este período es tal vez de todas las épocas históricas el más pobre en documentos; porque después de Procopio apenas se puede citar á Agatias; después de Pablo el Diácono al anónimo de Valois; á Fredegario, después de Gregorio de Tours, y luego se encuentra uno reducido á conjeturas hasta Carlomagno, apoyándose en un pequeño número de cartas monásticas, algunas vidas de santos y las recopilaciones de leyes.

Pero bastan estos datos para presentarla como una edad de confusion, habiéndose destruido el antiguo edificio y no habiendo sentado aun los cimientos del nuevo.

El Estado, que todavía usurpaba en Oriente el título de imperio romano, cadáver vestido de púrpura, se sostenía por la admirable situación de su metrópoli y por la tradición de las antiguas instituciones; circunstancias á que debió el luchar algunas veces con fortuna contra los bárbaros y los persas. Hizo el mayor esfuerzo de que dieron muestra los romanos para reconstituir la unidad por medio de un código; pero ¿cómo había de conseguir su objeto, cuando él mismo se encontraba destrozado por discordias intentinas y herejías? No eran aquellos los encarnizados combates de la plebe contra el patriciado, ó del municipio contra el feudatario, sino pequeñas facciones en favor ó en contra de los conductores de carros ó de intrigantes eunucos. No se trata de los escrúpulos de conciencias graves, ávidos de verdad y de luces, y dignos, por lo tanto, de respeto, aun en sus mismos yerros, sino de una intemperancia de dialéctica que no se ocupaba ni aun de los dogmas fundamentales, sino de censurar puntos de poca importancia, sin solución posible ni útil aplicación. Hallábase tan arraigada aquella manía, que acabó por engendrar un cisma, emanado más bien de

meros accidentes que de la esencia del cristianismo.

En vez de aquella monarquía atacada de marasmo, obran y se desarrollan en nuestras comarcas cien pequeñas naciones distintas en lenguaje, en costumbres y en civilización, sin otro lazo, que entre sí las una, más que el del general é indefinible sentimiento de sustituir á lo pasado. Cesa, en fin, con los longobardos la afluencia de los pueblos germanos, que comenzó antes de la era cristiana. Establecidos ya aquellos pueblos, se arraigan en él y miran como invasores á los normandos, á los sarracenos y á los húngaros, que los inquietan con sus incursiones.

La primitiva sociedad germana queda, empero, disuelta desde que la banda guerrera pierde la igualdad, base principal de su carácter. Sostiénese el predominio del hombre armado sobre las gildas de los bárbaros y sobre los antiguos poseedores del terreno, reducidos á colonos ó siervos. Los invasores eran una mezcla de bueno y de malo, de debilidad y de poder, de sentimientos en apariencia contradictorios, porque lo que tenían de natural se alteró demasiado con la expatriación, y las cualidades de los vencidos no se acomodaban á la naturaleza de los vencedores. Influyeron en el mundo romano con su presencia, pero más aún con las instituciones que le llevaron, aunque éstas se modificasen en virtud de sus relaciones con naciones sometidas.

Al paso que en Roma se sacrifica todo al Estado, introducen los germanos el sentimiento de la libertad individual, segun la cual no hace el hombre sino aquello que él mismo ha deliberado y resuelto. La facultad de obrar cada uno segun su voluntad, en tanto que por esto no resultase perjuicio á otro, era enteramente desconocido de las antiguas so-